

Enrique Molina.

Psicología de los libros



O te contemplo, oh libro, como cosa inerte, muerta, fósil; como fajo de simples hojas descoloridas y pálidas manchadas de tinta. Pensando en tí y conviviendo en tus infinitas significaciones, me acerco a tí en estos momentos en que te aparto del ajetreo corriente, me acerco rendido de veneración y queriendo tener en las manos delicadeza de mujer amorosa para tocarte.

Eres suprema invención del alma en su ansia de vida. La fuerza creadora de la psique, para sobrevivir al cuerpo que la sustentara, se hizo línea y color en la pintura, se hizo relieve en la escultura; en busca de inmortalidad, se infundió como forma luminosa en la materia. En tus páginas se hizo verbo, oh libro, y eres cartel de desafío lanzado a la muerte por la inteligencia.

Eres estuche santo y perfumado en que se guarda el espíritu humano; eres caja de música de notas dormidas, que basta acercarse a ella y abrirla con amor para que vuelen en coro a colmar el alma que las llama.

Libros son asimismo los modestos registros del pasar de los seres por la tierra, los únicos recuerdos de los seres anónimos y oscuros que forman la casi totalidad del rebaño humano. Nació. Se casó. Murió. Queda estampado en las amarillentas hojas de esos pobres libros. Y adelante, adelante.

Pero hay libros espurios y desgraciados. Así como una cortesana puede tomar la cándida túnica de una joven pura, como tras el hábito sacerdotal puede esconderse un hipócrita, o dentro de la toga del patriota, bullir un histrión, así hay libros que revisten los severos lineamientos de la historia y de la ciencia para mentir; los austeros de la moral, para calumniar y difamar. Cuántos libros escritos para halagar a los poderosos. Cuánto sofisma gastado en defender intereses de clases o de sectas.

Hay libros que, cubriéndose con el manto del arte, explotan la más funesta sensualidad. Libros que prostituyen las sagradas formas del espíritu, y cuyos autores, despreciables mercaderes, olvidan que escribir debe ser el ejercicio de un santo ministerio de verdad, belleza y gracia.

Hay también libros insulsos e ingenuos. Hasta los almanaques son libros.

Qué de naderías se han escrito sobre el misterio del «más allá», desde el *Libro de los Muertos* de los antiguos egipcios, hasta los modernos manuales de devoción.

Mas, existe tanto libro bueno, que no vale la pena detenerse en esa florecencia morbosa del extravío, de la maldad, o de la candidez.

Pero, cuidémonos de colocar entre las obras proscritas a los llamados libros prohibidos. La prohibición que cae sobre determinados libros y autores es obra de una autoridad dogmática celosa de mantener la intangibilidad de sus dogmas, de una autoridad que se cree poseedora de toda la verdad y condena cualquiera nueva creación de la inteligencia. Esta actitud, que apenas se toma en cuenta por lo demás, implica la negación de la vida del espíritu humano, que, por su naturaleza, debe fluir en una renovación constante. Los libros prohibidos son generalmente de aquéllos que, al decir de Schopenhauer, escribe el autor con su sangre, esto es, con la médula de su más honda sinceridad. Los libros vulgares y meramente pornográficos e inmorales no son prohibidos. Muchos grandes autores sí. De nuestro tiempo, figuran en el índice Víctor Hugo, Renán, Anatole France, Bergsón, Maeterlink, y cuántos más.

Menos mal que la persecución suele limitarse hoy día a esa inofensiva medida de bibliotecario meticuloso. No hace muchos siglos, un buen libro podía costarle la existencia a su autor. Realizar, obedeciendo a un imperativo irresistible de la vida o a la necesidad de darle un sentido superior, realizar el noble anhelo de proclamar la verdad o atacar la injusticia, exponía a su temerario autor a ser quemado en la hoguera, a que le cortaran la lengua o a otros suplicios semejantes.

En nuestro tiempo, los hierofantas se contentan con el índice. A veces llegan, para castigar con el hambre al culpable, a privarle del mezquino empleo en que vive.

Benditas sean las víctimas del pensamiento, bendita y sagrada sea para nosotros su memoria, por habernos legado la libertad de que gozamos, por habernos legado el acervo que constituye el tesoro espiritual de la humanidad; benditos sean los que luchan a costa, a veces, de cruentos sacrificios, por acrecentar esa riqueza estelar que constituye el más precioso guía del hombre en su deambulación por la tierra.

• • •

Sala amplísima y alta, con honores de templo. El piso cubierto de planchas de goma u otra sustancia blanda en que las pisadas se desvanecen en silencio. Alrededor, estatuas, bustos y cuadros de hombres representativos en las letras, las artes y las ciencias. Mesas convenientemente dispuestas para comodidad de los lectores. En las empinadas paredes alargados y elevados ventanales de donde se cierne la luz y adonde vuela la vista, arrastrando tras de sí, a veces, al pensamiento en una enseñanza placentera, mezcla de quietud y de divagación indefinida.

Es la sala de lectura de una gran biblioteca. En departamentos adyacentes, se hallan los libros, miles y centenares de miles de libros, clasificados en anaqueles de hierro.

¿Es una biblioteca algo más que un panteón de ideas muertas? ¡Ah no!, las ideas no mueren. Aun las apartadas como errores manifiestos no se hallan completamente muertas, porque nos hacen sonreír al pensar en la tragicomedia de la inteligencia en su penosa ascensión hacia la verdad. Ya no creéis en brujos, en hechiceros, en maleficios, en que los pobres epilépticos sean poseídos de demonios. Sin embargo, esas creencias muertas os evocan los dolores de una humanidad pasada y os hacen confiar en las fuerzas del pensamiento.

En la tranquilidad augusta de su espiritualidad, las ideas no necesitan removerse para tener vida. Parecen dormir, y ni siquiera dormitan. El espíritu se basta a sí mismo y no ha menester ostentar su vida para que sea intensa. Esperan las ideas y los sentimientos atesorados en los libros que un alma se incline devota a evocarlos, para derramar sobre ella el rocío de su bendición.

¿Veis ese joven que en un rincón íntimo de la biblioteca, estrechando sobre sí mismo un libro a medio cerrar, sueña, sueña, la mirada perdida en la altura, disimulando la emoción que lo embarga y deteniendo talvez una lágrima? Quizás tiene en sus manos a *Werther*, y los sufrimientos del desgraciado amante le han apretado el alma; quizás ha conocido el sacrificio enorme de *Cyrano*, y un sollozo le ha anudado la garganta.

¿Veis ese otro mancebo que ha cerrado momentáneamente el libro que leía y bajo la quietud de su abstracción se nota la iluminación de sus ojos, la inspiración que lo exalta como un relámpago interior? Quizás ha recibido en su pecho la noble irradiación de los héroes de *Corneille* o de *Carlyle*, de una nerviosa y enhiesta página de *Emerson*, o se halla deslumbrado y confortado con el delirante amor a la vida de *Juan Cristóbal*; quizás, también, lo ha quemado la chispa incendiaria de un libro rebelde y se siente caballero de la justicia, capaz de temerarios arrestos para barrer la iniquidad del haz de la tierra.

Una biblioteca no es un panteón de ideas muertas. Es el hogar hospitalario del estudioso y único refugio donde el estudiante pobre puede saciar su hambre de saber. Lugar propicio para el trabajo intelectual, pradera de límites dilatados, donde la mente joven, febril, inquieta y confiada incuba mundos, donde el pecho adolescente se ensancha, forjando heroísmos y abnegaciones infinitas, donde el corazón sediento de renombre cifra la inmortalidad en la confección de un libro definitivo y glorioso.

¿Qué no se encuentra en una biblioteca? El trasunto de toda la tragedia, de toda la comedia, de toda la gloria humana está ahí. Hallaréis en ella desde lo ideado por el hombre para encontrar a Dios, para cogerlo, hacerlo inteligible, adorarlo y humanizarlo, hasta el escarnio, la burla o la duda, desesperada en ocasiones, tranquila a menudo, de los que no han podido hacer otra cosa que negarlo. Hallaréis todas las representaciones del mundo y de la vida concebidas por la mente, las rutas fantásticas trazadas por la ciencia y la imaginación en el espacio, las prodigiosas cazas de la luz, las zambullidas estupendas en los

misterios del ser, las concienzudas recetas para mejorar y perfeccionar nuestra existencia, las fantasmagorías caprichosas con que se ha poblado el tiempo de ultratumba. Hallaréis la principal huella que van dejando las tribulaciones de los hombres, sus cantos jubilosos del amor y la esperanza, sus trinos de dolor, de angustias, de anhelos insaciables. Además, cuánta nota ingenua y alegre a la vez. En las páginas de los libros descansan todos los materiales con que levantan los niños los palacios de hadas y al calor de esas leves hojas duermen también su sueño secular las princesas encantadas: el alado y benéfico mundo infantil. En otros libros resuena la risa fresca con que el humor de los hombres fustiga, acompaña o se hace perdonar (no se sabe bien lo que es) sus propias ridiculeces y flaquezas.

Una biblioteca particular tiene, además, un carácter que le es propio. Una pequeña biblioteca de pocos miles o cientos de volúmenes, que pertenecen a una persona o a un grupo reducido de personas encierra algo de íntimo. Los libros han sido elegidos, atendiendo a determinadas afinidades o finalidades de un dueño. Forman parte de la familia; a veces constituyen su única familia o sus mejores amigos. Cuántos son entregados a seres queridos como un mensaje silencioso de dilección, de afecto, de amor que no se confíeza de otra manera, y tornan pasados de perfume, a regalar por un instante un alma atormentada. Cuánto se siente en otros casos la pérdida de los que no vuelven o a los que regresan mutilados, deshechos, con el rostro estropeado por haber ido a cumplir como buenos su vocación de misioneros de la verdad, de la virtud, de la belleza, entre bárbaros que no han sabido tratarlos. Cuántos son confidentes de las penas y alegrías del corazón que mora entre ellos. En no raros casos conservan por meses y años entre sus hojas fieles flores disecadas: de improviso reaparecen éstas y evocan horas ya olvidadas que embargaron el alma con un afán supremo.

Con sólo el nombre de sus autores, los libros hablan a su dueño desde su retiro. Son cual cuerpos inválidos henchidos de vida interior que invitan con la claridad de la mirada a ratos de charla espiritual.

Plutarco es como el héroe epónimo de sus propios héroes. Nos parece recibir de Epicteto el bálsamo perfumado de su renunciamiento sin límites. Guyau y Michelet encienden lampos de luz idealista. ¿Y Voltaire? ¿Su risa, su sarcasmo? Esto es muy sabido; pero fué, además, un trabajador enorme y un admirable estilista. Anatole France y Eça de Queiroz nos recuerdan sus enseñanzas, bañadas en benévola ironía. Baroja nos grita su evangelio de energía y acción. Tolstoy y Zola, Balzac y Galdós nos evocan sus proteicas epopeyas, sinfonías gigantescas, donde han resonado todas las notas del clamor humano. Detrás de Dostoyewsky, se agitan las muecas de su tablador de atormentados, degenerados y *detraquês*. Cuánta dulce humanidad exhala la figura de Dickens. Dewey nos indica con fiado el verdadero camino del porvenir con gesto de sabio maestro.

Hay millones de millones de libros, y día a día se imprimen miles más. Es verdad que en este océano de papel predominan los libros malos. Sin embargo, los buenos son bastante numerosos para que—dejando aparte los que se refieren a especialidades profesionales y técnicas—, alcancen a ser leídos, ni siquiera en

una mínima parte, por un hombre. No importa lo laborioso que sea ni lo larga que supongamos su vida.

Nuestras facultades son sumamente limitadas. De aquí que significa una deplorable pérdida de tiempo no sólo leer libros malos, sino libros estultos, ya sean novelas o poesías desprovistas de mérito, o tratados de ciencias, historia y filosofía que no den garantías de seriedad.

No todos los libros se pueden leer tampoco de la misma manera.

Dejemos, en primer lugar, aparte los diccionarios, enciclopedias, historias universales y grandes tratados científicos. Representan estas obras una labor venerable, y de ellas no se puede prescindir en ninguna biblioteca; pero son sólo libros auxiliares y de consulta.

Luego vienen los libros que se leen íntegramente por motivos profesionales, de estudio, de investigación, o por gusto. Se ha recomendado con razón, como buen método, reflexionar por sí mismo sobre los temas que se van presentando en el libro antes de iniciar su lectura. Constituye éste un excelente ejercicio para el desarrollo del espíritu, darle confianza en sus recursos, estimularlo a la creación propia y sustraerlo a la pasividad que suele traer consigo el hábito de leer.

De los libros que se leen íntegramente, se entresacan los favoritos, los que van a ser los compañeros y sostenes de la vida. Quien ha elegido a los filósofos hindúes, a la Biblia, a Platón, o a Marco Aurelio; quien a Homero, al Dante, a Cervantes; quien a Montaigne o Corneille, a Shakespeare o a Goethe; quien a Rodó o a Neruo. Un pedagogo alemán muy erudito buscaba consuelo en sus horas de abatimiento en los clásicos griegos; se reponía leyendo una oración de Demóstenes o un capítulo de Tucídides en el original. Nuestra Gabriela Mistral prefiere los profetas hebreos y los sombríos escritores rusos. Cada libro sirve según las predilecciones del que lo ha escogido, sirve para suscitar en un pecho humano horas de tranquilidad, de deleite, de fervor interior.

• • •

Mas, es menester precaverse de la cultura meramente libresca. La función intelectual es una marcha hacia el descubrimiento y posesión de la verdad; la erudición, una manera de entretenerse en el camino para no llegar nunca al término de la jornada.

La vida misma es el único taller donde este proceso llega a consumarse de un modo acabado. Para caminar por los propios pies, hay que botar las andaderas.

El pensamiento se ejercita pensando por sí mismo. Las investigaciones originales sólo avanzan aplicando la observación a las cosas y a la realidad. El amor, salvo geniales excepciones, sólo se conoce amando.

Si buscas, joven, saber del dolor humano únicamente por medio de los libros, puedes no pasar de ser un rebelde pasivo o extraviado, un indolente, un intelectual abúlico, un egoísta, en suma. Baja a la realidad a ver qué heridas

eres capaz de restañar con tu palabra y tu bondad, y enriquecerás tu corazón y tu criterio.

De esta suerte, los libros se tornan en auxiliares, nada más que auxiliares, aunque preciosos en verdad. Se tornan despertadores de la mente para que cada cual desenvuelva su tesoro interior como cinta espléndida cuya magnitud siempre se ignora antes de ponerla a prueba. ¿Quién que se haya puesto a meditar detenidamente sobre un asunto que no ha sido sorprendido al descubrir en su propio y escondida mina de hallazgos espirituales imprevistos?

* * *

Sin embargo, en las encrucijadas de la experiencia suelen pescarse cruentas sorpresas.

¿Dices, joven, que la vida te ha golpeado hasta hacerte manar sangre, hasta dejarte extenuado?

Has tomado lo de la escuela de la vida en mal sentido. Tal vez has creído, como tantos, que el filtro del alcohol esconde los secretos de la dicha y de la hombría; tal vez te han arrastrado las falaces promesas del azar; tal vez la pasión ciega te ha llevado a aplacar la sed de amor en la fuente impura del amor comprado.

Sin el dominio de sí mismo, la vida es una vorágine erizada de peligros. Por lo demás, hay cosas que es menester resignarse a no conocer por experiencia propia. Las tenebrosidades de la hampa, del crimen, de la prostitución y del vicio no puedes, sin daño grave de tu ser entrar a conocerlas como actor. Aun es cuestión de suma discreción elegir los libros en que estos asuntos puedan ser estudiados, no por curiosidad enfermiza, sino como problemas psicológicos y sociales.

Si la vida te ha arañado, joven, vuelve a tus libros. ¿Dices que los hombres han hecho escarnio de tu buena fe, que te han calumniado? ¿Dices que te han mentido las mujeres y que vives enloquecido por la obsesión de ellas?

Vuelve a tus libros. Es verdad que a veces cada libro es un nuevo engaño. Pero esto ocurre porque le pedimos demasiado, más de lo que puede darnos. Solemos abrir el libro con la ilusión de hallar en él la clave de la vida y el surtidor definitivo que va a calmar la angustia en que consiste el vivir. Cerramos el libro, y la angustia no ha pasado. Leemos otro, otro y otro más, y siempre lo mismo. ¡Ah! pobres libros; puestos en este trance, son, como la más alta música, voces lanzadas por el hombre en su desolación en demanda de un eco que responda desde el vacío sin término, haz de luz arrojada para colmar y alumbrar las infinitas sombras circundantes. Pero las sombras, aunque disminuidas en el dintorno inmediato, persisten siempre y son impenetrables en las lejanías metafísicas. No pidas a los libros lo que no puedan dar y vuelve a ellos dentro de la limitación estoica que es el lote de la humanidad. No tienes otra cosa que hacer. Vuelve como quien se acerca a un espíritu humano y apacible; vuelve a los que hablan de las tristezas y vanidades humanas, a los que hablan

de modestia y confianza en sí mismo, a los que hablan de relativa verdad resignación y amor. Vuelve tus pasos al rincón de tus libros queridos, y espera ahí un poco de reposo. Puede tardar en llegar; pero llegará. Quién sabe si de alguno de los libros se desprende un alma dolorida y austera, el alma de algún hombre que haya sufrido mucho, se pone junto a tu corazón, lo oprime en dulce y confortable presión consoladora y, recordando la que fuera su divisa en la vida, te musita al oído: «Sepamos hacer del sufrimiento manantial de alegría».

Mas, si las paredes de tu cuarto te abruman y te ahogan dentro de ellas, toma lo mejor de tu biblioteca y sal afuera. Corre a la orilla del mar o anda al bosque vecino. ¡Oh! en plena naturaleza, acariciando en las manos un libro querido. En la ribera del mar sano calor de renovación te envuelve. Los rayos solares, millares de saetas sutiles, penetran tu cuerpo y emprenden carreras jubilosas por tus venas, arrastrando a la sangre en una embriagante ronda de primavera. La plenitud de la luz te deslumbra. El astro generoso se refleja en las aguas hasta no permitirte mirarlas. Océano de luz. El mar te envuelve en aires salinos que ensanchan tu pecho. El mar ilumina tu frente. Son efluvios de su inmensidad misteriosa, son destellos de la fosforescencia que saca de sus entrañas para alumbrar con llamaradas alegres sus horas de tinieblas.

O sube al monte que domina el mar. Sobre la accidentada crestería de los pinos verdinegros, el diáfano azul del cielo sabe a gloria. Los eucaliptos esbeltos y próceres ofrecen a tus pisadas el regalo de sus semillas de olor punzante y saludable. Los aromos desgranán sobre tu cabeza la lluvia de sus florecitas áureas. Ellos y los pinos te hacen la merced de sus esencias bienhechoras que comunican algo de la calma de que gozan.

Has llegado a la cumbre. Las colinas esmeraldas se dilatan redondeadas hasta perderse de vista, orladas aquí y allá por manchas oscuras de pinos. El cielo puro, cifra de lo infinito, se extiende sobre ti como un fanal azul único. El río, a lo lejos, ancha lámina de plata, espejo inmóvil, parece no avanzar, y forma a su derecha un suave meandro, como resistiéndose a entregarse al mar.

¡Oh! en plena naturaleza, con un libro querido en las manos. Has leído una página de tu libro predilecto.

¿No sientes que se rasgan las sombras que gravitaban sobre ti y que se esponjan en tu interior senos ignorados de bienestar?

¿No sientes que ráfagas de espíritu divino te eligen como morada en su circulación universal? ¿No lo sientes?

Con retazos de la naturaleza y con retazos del libro teje el alma humana el velo de su siempre incompleta filosofía. Espera ser atormentado; quizás esta vez la naturaleza y el libro hilarán en tu pecho por lo menos un blando copo de paz.

ENRIQUE MOLINA.